

LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO
DEL OJO DE HALCÓN

Roberto Santiago



Ilustraciones de Enrique Lorenzo



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación de diseño: Lara Peces

© del texto: Roberto Santiago, 2014
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2014
© Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-6976-6

Depósito legal: M-3285-2014

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







Esto es lo que ocurrió.

Estaba empezando a nevar.

Yo estaba solo, en mitad del bosque, bajo un árbol enorme, con la espalda apoyada en el tronco. Podía escuchar mi propia respiración agitada.

Miré a un lado y a otro.

No vi a nadie.

En la mano llevaba mi ametralladora T68. Acaricié el gatillo.

Los primeros copos de nieve cayeron sobre mi cabeza.

Tenía que darme prisa si no quería que la cosa fuera a peor.

Era el momento de salir, aunque me arriesgara a ser descubierto.

Respiré rápido una, dos, tres veces...

Eché de nuevo a correr. A toda velocidad, con la ametralladora en las manos pesándome cada vez más.

Escuché voces a unos metros.

–¡Allí, está allí! –gritaron.

Unos segundos después, sonó el primer disparo.

Pasó muy cerca de mí. No me dio por muy poco.

Seguí avanzando. Corriendo. Entré en una zona donde la vegetación era cada vez más densa.

Había tantas hojas en el suelo que no sabía adónde mirar. Podía haber agujeros, trampas ocultas.

Pero tenía que arriesgarme.

Simplemente, seguí corriendo.

Más y más y más rápido.

A pesar de la carrera, sus voces sonaban cada vez más cerca.



Podía escuchar sus pisadas, el ruido de las ramas al romperse a su paso, sus voces entrecortadas, sus gritos.

Eran dos.

Tal vez tres.

Estaban a punto de atraparme.

Casi no me quedaba tiempo. Me empezó a doler el costado. Flato. Apreté una mano en el lateral, y con la otra sujeté mi ametralladora, sin dejar de correr.

Por fin la vi.



Allí estaba. Delante de mí. A unos metros.

Llevaba buscándola toda la mañana, y ahora estaba al alcance de mi vista.

Aceleré en su dirección.

Tropecé con una raíz de árbol, salí trastabillado y estuve a punto de darme de morros contra el suelo, pero me apoyé en unas ramas y frené la caída.

Me dispuse a correr de nuevo...

En ese momento me di cuenta de que había perdido mi ametralladora.

Mientras buscaba entre unos arbustos, escuché las voces acercándose.

Me quedé completamente quieto. Escuchando la nieve caer. Y también sus voces.

No quedaba tiempo.

Decidí olvidarme de la ametralladora.

Decidí correr.

Decidí ir a por el objetivo.

Sin pensar en nada más.

Esquivé varios árboles, salté sobre ramas caídas, atravesé la maleza y rodeé unas piedras.

Pisé un charco y me empapé los pies. Ya me daba igual todo.

Estaba cada vez más cerca.

Sentí sus gritos, su respiración, muy cerca, llegando casi a mi altura.

Aceleré más y más. Casi no podía respirar y las piernas me dolían como si me estuvieran clavando agujas.

Iba a llegar el primero.

Estaba a punto de conseguirlo.

Solo unos pasos más...

Oí cómo me disparaban.

Así que me tiré en plancha hacia el objetivo.

Volé con los brazos extendidos...

¡Y lo alcancé!

Agarré la bandera con las dos manos...

Y justo en ese momento, sentí un impacto en mi espalda.

